

— Pero también el Emperador es otro que bien baila. Con Burnof, aquel francesito que remitió á Acatlán la avanzada de Acajete, me envió palabras de paz y concordia, y Burnof, como si fuera cosa propia, me dijo que quizás su amo se decidiría á entregarme la situación, pues me juzga más favorable á ellos que puede serlo Juárez. Mi respuesta fué hacerle saber que entre el llamado Emperador y yo no puede haber más relaciones que las que se consienten á dos beligerantes, y que lo único que deseaba era batirle ó que me hiciera pedazos. Ese fué el origen de aquel horrible estrépito de armas, caballos, artillería y gente de á pie que tanto les asombró á ustedes en Acatlán, pues me importaba demostrarle al embajador de Maxmiliano, que tenía quince ó veinte mil hombres listos para entrar en campaña; y ya se acuerda usted, todo se reducía á trescientos caballos que ejecutaron mil evoluciones durante la noche y merced á que había orden de no dejar á Burnof asomar la cabeza ni aun abrir la ventana de su prisión...

A los dos días se marchó el suegro de Récal y de Olivos, y á los tres empezaron á tener noticias del resultado de la circular de Porfirio.



CAPÍTULO XI

Dos de Abril

NOVEMBRE y Diciembre del 66 y Enero del 67 los pasó el buen Francisco gozando de la dicha conyugal más completa. Porfirio marchó á Tehuantepec, infligió allí á los imperialistas tres golpes que les dejaron todavía más alelados y vacilantes que les habían dejado los anteriores, y ordenó á Pancho que le esperase en Acatlán, donde se le reuniría para concentrar sus tropas y emprender operaciones definitivas.

Aquel pueblo encantador, regado por frescas y cristalinas aguas, lleno de huertas y sembrados, se encuentra á la salida de la Mixteca Baja, distante casi por igual de Puebla y de México. Pancho, que por primera vez gozaba de un poco de calma y tranquilidad, recorría lleno de placer aquellos alrededores bellísimos en que se mezclaban las flores más delicadas y los frutos más sabrosos á los

besos más dulces y á las más lindas confidencias. A menudo, volviendo de las excursiones campestres, les llenaba la boca el frescor del anís que crece á la vera de los caminos y les embargaba el ánimo el fuerte aroma de las rosas y el delicado de los lirios. Y entonces, el brazo de la una en el brazo del otro y con la voz conmovida y placentera, aspiraban los perfumes, oían los últimos rumores del día que se acababa y veían la inmensa sabana en que asustado se levantaba para mirarles algún macho cabrío de luenga barba que se había quedado lejos del chinchorro.

Solían así apresurarse y llegaban á su casa lleno el corazón de ternura, los sentidos de deleite y el alma de profunda y santa melancolía.

El 2 ó el 3 de Febrero llegó Porfirio á Acatlán y permaneció dos semanas en el alojamiento en que Olivos había pasado su luna de miel. Se divirtió grandemente con los extremos de la enamorada pareja, le ofreció apadrinar de buen grado al hijo que le anunciaba con mil misterios y salvedades, y como también el general se ocupaba por aquellos días en concluir el idilio que entre manos traía, supo comprender las delicadezas de aquellos excelentes muchachos y celebrar sus extremos de ternura.

Diariamente le llegaban al general cartas, mensajes y visitas, y tras leer aquéllas y oír á éstos, salía más contento y seguro que nunca.

— Amigo coronel, todo marcha á pedir de boca, decía Porfirio á Pancho haciéndole de sus confianzas: he extendido mi acción á Puebla, México, Tlaxcala y Veracruz y pienso, no en que descansen mis paisanos, pero sí en economizar un poco su sangre heroica. Lo cual no quiere decir que no vayan á darle á la patria en esta vez el contingente que ella reclama con tanta justicia, pues por allí anda Figueroa reuniendo tropas y no tardará en presentarse en Ixcaquixtla. Méndez y Alatorre levantan y movilizan soldados en Veracruz y en Puebla; el coronel Palacios está encargado de Tepeaca y San Andrés Chalchicomula; el viejo imperialista Rodríguez Bocardo, que pertenece ya á los nuestros, se encuentra acantonado en Tlaxcala con su gente; Roldán está con la suya en Acajete; Cuéllar amenaza á Chalco y Xochimilco; don Florentino Mercado organiza tropas en los llanos de Apam; Juan Espinosa se ha posesionado de Matamoros Izúcar, y Ramos instruye y recluta gentes en el sur de Puebla.

Al mediar Febrero, el jefe dió la señal de marcha, y Olivos tuvo que dejar los mimos y las caricias para salir á presenciar la concentración que le tenía anunciada Porfirio. En Ixcaquixtla se le incorporaron Figueroa, que llegó con matemática precisión el día que estaba dispuesto, acompañado de su brigada, y González con la suya completada con artillería, cuerpo médico é ingenieros. En Tepeaca llegaron á reunírsele Palacios con cuatrocientos

caballos, Sánchez Gamboa con trescientos y Espinosa con su batallón en alta fuerza. Méndez y Alatorre se presentaron en Huamantla, el uno con veracruzanos y con poblanos el otro.

El 9 de Marzo llegó frente á Puebla aquel núcleo probado tan duramente en las batallas anteriores; pero por lo mismo tan sufrido y tan heroico como quizás no habría ninguno en la República.

Récal, acostumbrado á la movilización á la europea, se maravillaba de que ocurrieran con tanta exactitud á una cita jefecillos dispersos y sin cohesión, indios que apenas tenían por gala un taparrabo que les resguardara de la intemperie, serranos que no conocían del mundo civilizado más que el poblacho que se hallaba cerca de su aduar, soldados que no recibían pre ni salario sino cada cien años, y personas, en fin, que podrían formar todo menos un ejército regular.

— Y toda es gente bragada, decía Pancho al nuevo capitán (pues á capitán había subido por su comportamiento en La Carbonera); Alatorre, que es el jefe de la primera división y cuartelmaestre del ejército, tiene una espléndida hoja de servicios en la heroica costa de Sotavento. A sus órdenes hay jefes como Guillermo Carbó, Carlos Pacheco y Juan de la Luz Enríquez, que son tan serenos en el combate como perseverantes después de la derrota y magnánimos tras la ganancia. En la segunda

división tienes á jefes como Méndez y Lucas, que han realizado en la guerra de montañas hechos gloriosos que recuerdan á los Viriatos y á los Zumalacárreguis; en la caballería están Palacios, Sánchez Gamboa y Bravo, que se pueden poner entre los mejores; y mandan brigadas Manuel González y Luis Figueroa, que tienen acreditado su valer con una vida entera de servicios y de abnegación. Olivares y Maldonado mandan á mil surianos, con que se completan seis mil hombres alrededor de Puebla.

*
* *

La primera providencia del general fué apoderarse del cerro de San Juan, y luego, estrechando el perímetro del contrario y ocupando puntos fortificados, Porfirio llegó á tomar posesión de una parte de la plazuela de San Agustín, de otra de las calles de la Merced, de las manzanas de la Aduana y de muchas del barrio de la Luz.

Así continuó el sitio, ganándose hoy un punto, tomándose al día siguiente este ó el otro edificio importante, causando una derrota ó sufriendo un ligero revés; pero nadie dejaba de comprender que no era empresa llana tomar una ciudad bien artillada y defendida con un número igual de tropas al que se encontraba dentro.

Pensar en reducirla por hambre parecía locura, pues el Imperio se hallaba en aptitud de producir todavía

muchos disgustos á los republicanos; pensar en tomar islotes de manzanas, como habían hecho los franceses, era pensar en lo excusado, pues tiempo sobraba para que así recibieran los de dentro el auxilio que habían menester; pensar, por fin, en un asalto, era lo mismo que comprometer el éxito de todas las operaciones, perder lo ganado y exponerse á un seguro fracaso; desde el asalto á Guadalajara el 60, hasta los de Puebla en diferentes guerras civiles, asalto equivalía á pérdida segura, fuera quien fuera el que lo intentase.

De fatales resultados pudo ser la aventura comenzada por el teniente coronel Domínguez y que se resolvió en la pérdida de un brazo de uno de los jefes que Porfirio estimaba más. La cosa pasó así: Domínguez, que era de esa casta de valientes atrabancados que con su valor suelen hacer mucho más mal que bien, empeñó un ataque en la manzana de aquel mesón de los Nobles Varones que tanto conocía Olivos. El enemigo respondió por los propios consonantes y con un vigor que nadie se habría figurado; el cañoneo y la fusilería se hicieron generales en toda la línea, y Manuel González, que mandaba aquella serie de puestos avanzados, acudió al remedio de la situación, que era bien apretada á aquella hora. Dió sus órdenes, examinó el cariz de las cosas; pero cuando menos se pensaba vino de lo alto una bala de rifle que destrozó el codo de González é hizo que no pudiera continuar dirigiendo la

maniobra. Olivos, que llegó á poco en compañía de Porfirio, vió el momento en que sacaban al brioso general y presenció cómo la manzana fué tomada por las tropas de los sitiadores.

El día último de Marzo incendió el enemigo una tienda de la manzana que ocupaba el general Carreón. La tienda estaba apretada de combustible, y como peligraba la gente que la guarnecía y el fuego podía extenderse y el enemigo aprovecharse de la situación para hacer una salida, Porfirio corrió allá á fin de reparar el mal en lo que fuera dable.

— Ustedes aguarden aquí, ordenó Porfirio á los que le acompañaban. Voy á echar una ojeada y salgo en seguida.

Se metió, en efecto, mas apenas había entrado, se oyó primero un crujido espantoso, después un golpe terrible, como si hubiera venido al suelo toda la casa, y al fin se vió salir una gruesa nube de polvo y á un caballero de barba retorcida y bigote espeso que aparecía blanco como si nunca hubiera tenido un pelo negro. Pancho no conocía muy bien á aquel señor ni le había visto entrar á la casa derrumbada, así es que se quedó frío cuando en vez del general, á quien aguardaba, vió á aquel sujeto que gritaba atribulado:

— ¡Pronto, pronto, picos, escalas, gentes, todo!...
¡Acaba de caerse el techo sobre Porfirio!

muchos disgustos á los republicanos; pensar en tomar islotes de manzanas, como habían hecho los franceses, era pensar en lo excusado, pues tiempo sobraba para que así recibieran los de dentro el auxilio que habían menester; pensar, por fin, en un asalto, era lo mismo que comprometer el éxito de todas las operaciones, perder lo ganado y exponerse á un seguro fracaso; desde el asalto á Guadalajara el 60, hasta los de Puebla en diferentes guerras civiles, asalto equivalía á pérdida segura, fuera quien fuera el que lo intentase.

De fatales resultados pudo ser la aventura comenzada por el teniente coronel Domínguez y que se resolvió en la pérdida de un brazo de uno de los jefes que Porfirio estimaba más. La cosa pasó así: Domínguez, que era de esa casta de valientes atrabancados que con su valor suelen hacer mucho más mal que bien, empeñó un ataque en la manzana de aquel mesón de los Nobles Varones que tanto conocía Olivos. El enemigo respondió por los propios consonantes y con un vigor que nadie se habría figurado; el cañoneo y la fusilería se hicieron generales en toda la línea, y Manuel González, que mandaba aquella serie de puestos avanzados, acudió al remedio de la situación, que era bien apretada á aquella hora. Dió sus órdenes, examinó el cariz de las cosas; pero cuando menos se pensaba vino de lo alto una bala de rifle que destrozó el codo de González é hizo que no pudiera continuar dirigiendo la

maniobra. Olivos, que llegó á poco en compañía de Porfirio, vió el momento en que sacaban al brioso general y presenció cómo la manzana fué tomada por las tropas de los sitiadores.

El día último de Marzo incendió el enemigo una tienda de la manzana que ocupaba el general Carreón. La tienda estaba apretada de combustible, y como peligraba la gente que la guarnecía y el fuego podía extenderse y el enemigo aprovecharse de la situación para hacer una salida, Porfirio corrió allá á fin de reparar el mal en lo que fuera dable.

— Ustedes aguarden aquí, ordenó Porfirio á los que le acompañaban. Voy á echar una ojeada y salgo en seguida.

Se metió, en efecto, mas apenas había entrado, se oyó primero un crujido espantoso, después un golpe terrible, como si hubiera venido al suelo toda la casa, y al fin se vió salir una gruesa nube de polvo y á un caballero de barba retorcida y bigote espeso que aparecía blanco como si nunca hubiera tenido un pelo negro. Pancho no conocía muy bien á aquel señor ni le había visto entrar á la casa derrumbada, así es que se quedó frío cuando en vez del general, á quien aguardaba, vió á aquel sujeto que gritaba atribulado:

— ¡Pronto, pronto, picos, escalas, gentes, todo!... ¡Acaba de caerse el techo sobre Porfirio!